

IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

Las SOMBRAS del SENA

PARIS

1871



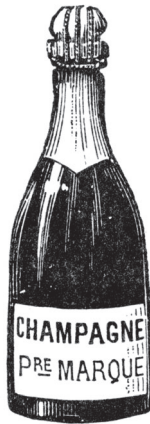
DESTINO



Irene Adler

Las sombras del Sena

Ilustraciones de
Iacopo Bruno



DESTINO

Todos los nombres, personajes y detalles relacionados con este libro, copyright de Atlantyca Dreamfarm s.r.l., son propiedad exclusiva de Atlantyca S.p.A tanto en su versión original como las traducciones o adaptaciones de los mismos. Todos los derechos reservados.

Título original: *Le ombre della Sena*

© de la traducción: Miguel García, 2015

DESTINO INFANTIL & JUVENIL, 2015

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta S. A.

© 2014 Atlantyca Dreamfarm s.r.l., Italia

© 2015 de la edición en lengua española: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Un proyecto de Pierdomenico Baccalario

Una historia de Alessandro Gatti a partir de la correspondencia de Irene Adler

Proyecto y realización editorial: Atlantyca Dreamfarm S.r.l.

Diseño gráfico: Iacopo Bruno

Edición original publicada por Edizioni Piemme, S.p.A

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A., via Leopardi 8 – 20123 Milán, Italia
foreignrights@atlantyca.it / www.atlantyca.com

Primera edición: marzo de 2015

ISBN: 978-84-08-13741-2

Depósito legal: B. 3.364-2015

Fotocomposición: Auradigit

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España – printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. Para más información contactar a Atlantyca S.p.A. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



INCIENSO EN NOTRE-DAME



Nunca habría esperado que fuera a asistir tanta gente a aquel funeral. Mientras me acercaba en carruaje a la catedral de Notre-Dame, en el centro de París, me había imaginado una iglesia desierta, poblada por ecos y por el ruido de la lluvia en las vidrieras. Me había vestido de negro, a juego con mi humor y mis pensamientos, y había salido de nuestra casa en el campo detrás del señor Nelson.

—¿En qué está pensando, señorita Irene? —me había preguntado mi fiel mayordomo mientras se sentaba a mi lado y el carruaje emitía un chirrido de lamento.

Yo me había quedado mirándolo. ¿Y en qué otra cosa podía pensar? El señor Jean-Jacques François d'Aureville, el único amigo de mi verdadera madre, había muerto. Era mucho mayor que ella, es cierto, y estaba muy enfermo, pero la noticia no sólo me entristecía, sino que me deprimía y casi me hacía recelar, en vista de la sucesión de noticias poco fiables y los acontecimientos sorprendentes que me habían bombardeado en los últimos meses.

—Pienso en que se ha muerto, Horace. Sólo en eso —le había contestado, un tanto molesta por aquella pregunta tan directa. No era propia de él, me había dicho a mí misma. Y había rogado para mis adentros que el señor Nelson no estuviera cambiando también. Y que no estuviese a punto de hacerme nuevas e increíbles revelaciones.

No era el momento, eso era todo.

Y tampoco era momento de reír, había pensado, cuando al señor Nelson se le había escapado una gran carcajada que me había hecho volverme hacia él y preguntarle:

—¿Se puede saber qué sucede?

Él, el buen mayordomo que en los últimos años había velado por mí sin ser nunca indiscreto y que —a aquellas alturas yo estaba segura— sabía de mis escapadas con mis amigos y de nuestras aventuras detectivescas más de lo que me había confesado nunca, se había limitado a sonreír. Se había pasado las manos por los pantalones de terciopelo, sólo un poco más oscuros que su piel, y con una sonrisa irresistible me había contestado:

—Supongo, por tanto, que su madre no le ha hablado...

Bonita manera de expresarse, había pensado yo.

—Mi madre... ¿Cuál de ellas? —le había preguntado. Porque en los últimos meses había podido comprobar que la persona a la que siempre había llamado «mamá», la señora Geneviève Adler, no era más que una madre prestada y que yo para ella era una hija adoptiva. Y que, consiguientemente, también el hombre al que siempre había adorado y llamado «papá», Leopold, no era más que un sustituto de mi verdadero padre.

Mi madre, la verdadera, se llamaba Sophie y era una condesa de Bohemia, como también bohemio había sido mi difunto padre. Después de su muerte, ella me había entregado a los señores Adler para protegerme y que los siniestros conspiradores que la buscaban para

matarla no pudieran hacer lo mismo conmigo. Le había costado muchísimo, según me había dicho. Yo la había creído, pero en el fondo de mi mente había quedado clavada una espina dolorosa, una pregunta sin respuesta, un pensamiento inamovible. ¿Como puede una madre abandonar a su hija?

Las respuestas que me había dado a mí misma eran innumerables: la guerra, los reyes, los imperios, la rotación del planeta en la inmensa soledad del espacio. Respuestas cada vez más amplias y, por tanto, vacías, desoladoras, desconsoladas.

Llenas de ecos, como los que esperaba encontrar en la iglesia de Notre-Dame.

—No hemos hablado, no —le había murmurado al señor Nelson, mirando por la ventanilla del carruaje. No había rastro de la usual niebla húmeda que en aquella estación orna los árboles campestres aprisionando en su frágil textura las luces, los sonidos y los colores. Es más, lucía un hermoso sol claro que contrastaba con mi zozobra.

—Y tampoco, pues, con su padre, el señor Leopold... —había añadido Horace implacable.

—No lo veo desde hace días —había replicado yo—.

Pero ¿se puede saber qué tienen que decirme? ¿O es que tengo que descubrirlo yo sola...? ¿Y cuándo?

El señor Nelson había asentido gravemente, aunque sin borrar de su cara aquella sonrisa enigmática.

—¿Le importaría ayudarme, Horace, dado que se encuentra insólitamente alegre y ello está haciendo que aumente mi curiosidad? —insistí.

—Sólo si me promete que fingirá asombro cuando termine el funeral.

—¿Tiene programada una resurrección? —había bromeado, subrayando con cierta satisfacción mi temeraria provocación. Si el señor Nelson no se atenía a su papel de perfecto mayordomo, ¿por qué iba a empeñarme yo en ser una perfecta dama?

—¡Señorita Irene! —me había recriminado él en el acto—. ¡No estamos hablando de nada de eso!

—¡Pero no deja de ser un funeral adonde vamos! ¿O acaso me ha raptado para llevarme a África con mi verdadero padre?

—¿Y por qué a África?

—Lo decía por decir. Si he de moverme en las tinieblas de sus alusiones, mejor hacerlo con imaginación, ¿no cree?

—Tiene razón, señorita Irene. No he sido muy

delicado. Pero la noticia me ha alegrado de verdad, y creo que a usted la alegrará también. Vamos a un funeral, sí, y de una persona a la que, de alguna manera, queríamos... pero sobre todo estamos yendo a París, y en París...

El señor Nelson había dejado la frase inacabada, como si sólo hubiera apartado un poco la cortina, igual que hacía en casa para anunciar a tal visitante o a tal otro. Yo lo había mirado con sospecha. Enseguida me había pasado por la cabeza una idea, pero la había desechado con la misma rapidez. No era posible que, con la guerra recién concluida y París en manos de ejércitos de desertores, más todos los numerosos peligros de los que mi madre —la adoptiva— y mi padre hablaban todo el tiempo... no era posible, me había dicho, que los señores Adler hubieran decidido por fin dejar aquella desolada casa de campo en Évreux, en medio de la niebla y las ovejas, para volver a la ciudad, a nuestro maravilloso apartamento en una última planta de la rue du Bac.

Sin embargo, la mirada de Horace me mecía durante todos esos pensamientos y elucubraciones, como alentándome a creérmelo un poco más.

Yo había alzado una ceja, tal como mi amigo Lupin me decía a veces que hiciera (él lo encontraba irresistible),

y al final, tras esperar a que el carruaje dejara de dar tumbos, le había preguntado:

—No me diga que todos volvemos a París...

El señor Nelson había ensanchado su sonrisa.

—Es usted quien lo dice, señorita Irene. Y yo creo que ésa es precisamente la intención de su padre.

Me disponía a asistir a un funeral y, no obstante, no pude impedir que una leve sonrisa aflorase a mis labios.

«¡París!», pensé, mirando por la ventanilla.

Al bajar del carruaje, me avergoncé un poco por aquella felicidad mía. Había conocido y estimado al señor D'Aurevilly y pocos días antes había recibido la noticia de su muerte con sincera pena. Pero aquel día me di cuenta, una vez más, de que el ánimo humano no acepta imposiciones: encontrarme en una iglesia llena de gente vestida de negro no era suficiente para hacerme experimentar de nuevo aquel sentimiento. No tenía intención, con todo, de faltarle al respeto a un hombre que consideraba de gran valor, así que escondí mi verdadero estado de ánimo detrás de un velete de encaje negro. No era más que una chiquilla entre muchas otras personas, pero, quizá por ir acompañada de un hombre negro imponente como era

el señor Nelson, tuve la impresión de que todos clavaban en mí sus ojos. Protegida por aquella rejilla de encaje, por primera vez en mi vida encontré útil uno de los mil complementos que la perfecta dama siempre debe saber llevar con desenvoltura y, del brazo de Horace, me encaminé hacia la solemne entrada de la catedral.

Miré las altas torres cuadradas y las cabezas de los reyes y santos desfiguradas por los revolucionarios, y entré en la iglesia abarrotada, hacia la que afluían ríos de personas. Eran pobres y mendigos en gran parte, esos miles de olvidados a los que el señor D'Aurevilly había consagrado su vida. De linaje noble, y de alma noble también, había sacrificado todas sus rentas en una obra de caridad, un hospital para mendigos donde cualquiera que entrara tras guardar la fila ante la puerta, sin tener que presentar documentos ni declarar su identidad, podía contar con una taza de sopa caliente y una cama para pasar la noche. Durante la guerra contra Prusia, el hospital se había llenado de toda clase de heridos y enfermos. Y en la agitación que había seguido a la guerra y la derrota no había dejado de ser un lugar indispensable para quien no podía sobrevivir de otra manera. Y, ahora que el señor

D'Aurevilly había muerto (mi madre me había contado que padecía una penosa dolencia desde hacía tiempo), todos aquellos que habían comido al menos una vez en su comedor y dormido bajo el techo que él había hecho construir para ellos se habían reunido en la iglesia de Notre-Dame para darle el último adiós.

«El reconocimiento es la única moneda que estas personas pueden dar», pensé mientras avanzaba entre la multitud.

Sentía la presencia de todos a mi alrededor: mendigos y asesinos, ladrones y pordioseros, desertores y oficiales. Pero había también hombres y mujeres de alcurnia y con distinto aspecto, separados del ejército de pobres por un espacio vacío poco más allá de la mitad de la nave. Mientras lo recorría, dejando atrás aquella multitud de gente humilde para acercarme a las filas, más compuestas y silenciosas, ocupadas por nobles y burgueses, sentí que se me cerraba el estómago y apreté el brazo del señor Nelson para pedirle que caminara más despacio. En cualquier caso, aunque fuera a paso lento, nosotros también atravesamos aquel espacio vacío. Porque yo pertenecía a la gente de las filas delanteras. Y aunque

entre ella me sintiera como un pez fuera del agua, iba a sentarme allí.

Busqué a mi verdadera madre entre las mujeres de negro de la primera fila y, cuando la reconocí, el corazón me dio un vuelco fugaz. También ella se volvió hacia mí, me miró y me hizo un rápido gesto con la cabeza, sin añadir más.

La misa fúnebre empezó.

No recuerdo mucho de aquel día, solamente el olor penetrante del incienso, que se extendía como una bendición sobre la mezcla de olores de aquellas personas tan parecidas y tan diferentes, cada cual apesadumbrada a su manera por sus propios fracasos, que poblaban las naves majestuosas de Notre-Dame.